

Mayte López
Sensación térmica



Lucía, una joven mexicana, ha dejado atrás un hogar violento para mudarse a un departamento infestado de ratones en el East Village de Nueva York. Allí conoce a Juliana, una chica de Colombia que la deslumbra con su alegría caribeña y con la que comparte el asombro y el entusiasmo por la nueva ciudad. Pero cuando Juliana inicia una tormentosa relación con un profesor veinte años mayor que ella, Lucía rememora el maltrato que la persigue desde su niñez y que reconocerá en la progresiva transformación de su amiga.

Sensación térmica nos habla de la amistad femenina y de la violencia íntima, esa que se esconde disfrazada de amor y que explota a puerta cerrada en una casa cualquiera. Una violencia que reptá y acecha en las letras de las canciones, en las leyendas y en los cuentos infantiles.

Con una prosa excepcionalmente ágil y genuina, Mayte López nos sumerge en una historia tan entrañable y cercana como demoledora. Una impactante novela que revela los resortes perversos que mueven relaciones entre hombres iracundos y las mujeres que están con ellos.

Índice de contenido

Cubierta

Sensación térmica

1. Olas en el Village (acuérdate de Acapulco)
2. University Place (perdón, vida de mi vida)
3. Rutas de escape (¿y cómo es él?)
4. Veniero's (te vas porque yo quiero que te vayas)
5. Wellness Center (contájalas de todas tus locuras)
6. «Campus Closed due to Inclement Weather» (yo que fui tormenta)
7. Álvaro roto (hecho pedazos con tu traición)
8. Postales de Bushwick (yo sé perder)
9. «Leave of absence» (deja que yo te busque)
10. Por tu maldito amor (Cuajimalpa «is on fire»)
11. «Feels like (Romance True Crime Horror)»
12. Lleva en su pecho una herida

Sobre la autora

A Santiago, que llena mi vida de música

–Qué guapos se ven los hombres vestidos de charro, de veras.

Como cada vez que Chente aparece ensombrerado en la tele, con las patillas, el bigotito y el moño, ella sonríe, los ojos brillantes y los cachetes encendidos, medio alucinada. Toda la casa suena a *Tantos besos que me dio tu boca, solo la muerte los podrá borrar. Me dejaste con el alma rota, ni en mis sueños me dejas en paz*. Entonces ella da una vuelta o dos al ritmo de la música, y entona los coros con un chingo de sentimiento, guiñándole un ojo al portarretratos con la fotografía donde aparece él, luciendo el mismo bigotito que Chente, y jura hecha suspiros que son idénticos: mira nada más qué porte, hija. ¿A poco no está igualito a tu papá?

...

And is that your earliest childhood memory?

1. Olas en el Village (acuérdate de Acapulco)

Ahora tiene el sonido de las olas al alcance de un botón. Descubrió la aplicación de celular hace varias noches, después de rodar y ponerse boca arriba, boca abajo y de los dos lados, de masturbarse por enésima vez (con bastante coraje pero ningún éxito), de desesperarse y terminar llorando de nuevo, ya sin lágrimas (nomás por tener algo que hacer, algo en qué ocupar otra madrugada insomne), mirando las humedades del techo. Este cuarto es un asco, piensa. Hace días que no tiene ánimos para limpiar y el polvo acumulado abajo de la cama, entre las dos maletas grandes que no caben en ningún otro lado, le da alergia. Pero no es solo ella: el edificio completo se cae a cachos y las plagas urbanas aprovechan la coyuntura para invadir las. La señora Pokorny, su casera, limpia los espacios comunes con agua puerca. Lucía la ha visto varias veces y no cree que la mujer considere estar haciendo nada fuera de lo normal, porque invariablemente la doña le sonríe antes de remojar un trapo en el líquido espeso y gris, para después escurrirlo delante de sus narices. *Así, sin tantita pena.* Lucía sospecha, incluso, que guarda la cubeta llena varios días, para no desperdiciar agua o jabón. Los ciempiés (¿ciempieses?) neoyorquinos, tan curados de espantos, patinan descaradamente sobre los charcos mugrientos que doña Pokorny remueve con el trapeador. El casero, míster Pokorny, es un viejo malencarado que entra a cualquier hora al departamento, disfruta convertir el cobro de la renta en una experiencia tortuosa asegurando que los cheques que le dan no tienen fondos (aunque ya los haya cobrado), y tiene una idea particular de la fumigación. Un ratón (o tal vez varios) las atormenta hace semanas, pero

Pokorny ha resuelto, tajante, que llamar a un exterminador sería excesivo. Y caro, sobre todo muy caro, y él no está dispuesto a pagar ni un *quarter*, aunque sea su obligación como dueño del edificio. Ellas tampoco pueden pagarlo. Cuando ven al ratón (o ratones, tal vez ratones) y llaman a Pokorny por teléfono, suplicantes, él va y abre la puerta sin tocar el timbre. *We could be naked*, le espeta Alma enfurecida, pero las dos saben que es inútil. El tipo ni responde. Total, ¿qué va a decir? No descartan que sea eso, precisamente, lo que busca el polaco con sus irrupciones sorpresa. Mejor que las carnes magras y blancas de la señora Pokorny, los cueritos tostados de las dos *spics* del 6G, cómo de que no. Lucía no sabe ni para qué siguen llamándolo. De pésimo humor y con peores modos, Pokorny se presenta, esparce galletas y queso rancio atrás de la estufa y se va tan tranquilo, dejándolas petrificadas con los pies arriba de los muebles, mirando con horror las trampas de pegamento con las que él ha decorado el suelo de su cocina. Saben que no tiene caso quejarse. Ya están avisadas: si siguen dándole lata, el mister las pone de patitas en la calle. Cada vez que le reclaman por el olor del rellano, o por las cucarachas, o por las chinches, o insisten en que sus cheques sí tienen fondos y le piden que porfavorcito deje de intentar estafarlas, Pokorny se impacienta y les recuerda que el departamento es una verdadera ganga, que las aceptó sin historial de crédito y que además sobran estudiantes internacionales, o inmigrantes ilegales, dispuestos a pagar los dos mil setecientos dólares que cuesta ese mugrero en el East Village.

Las olas en su celular siguen sonando con el ritmo pausado y monótono que últimamente la arrulla, rompiendo suavemente contra una orilla imaginaria. Cíclicas y predecibles. Mansitas, como de laguna. Lucía cierra los ojos y piensa en Puerto Escondido, en su brisa cálida y sus playas llenas de surfistas, en sus fonditas con mesas de madera donde las micheladas sudan en vasos escarchados con

sal. Pero eso no la relaja, porque las olas de su tierra son todo menos mansas y aquí, tan lejos de los mares oaxaqueños, la sal se usa sobre las banquetas, para que una no se resbale y se parta la madre después de una nevada como la que está cayendo en este momento. Lucía se levanta y sale a la sala-cocina-comedor –comparte con Alma veinte metros cuadrados, ocupados casi por completo por un *loveseat* unipersonal tapizado con manchas de procedencia desconocida– para servirse un vaso de agua. Escucha un ruido abajo del fregadero y de pronto es muy consciente de que está descalza, y teme pisar alguna de las trampas de pegamento que convierten la casa en un campo minado o, peor, que Frank –como han decidido bautizar al ratón– haga acto de presencia precisamente ahora y, aburrido de esquivar las mentadas trampas, empachado con el queso que le regala Pokorny, o harto de merodear entre los botes de detergente, decida salir a echarse unos brincos sobre sus pies. No sabe si es mejor quedarse muy quieta o hacer un escándalo, y la duda la paraliza. Alma sale de su cuarto y la descubre así, congelada de puntitas junto a las trampas adhesivas, en mitad de la sala-cocina-comedor, sosteniendo un vaso vacío.

–Perdón –dice Lucía bajito–. ¿Te desperté?

–No, me paré a hacer pipí. Pero tú ya duérmete, Lu. Ponte tus olitas.

Se conocieron por casualidad, en el consulado mexicano. Alma había ido a tramitar su pasaporte y Lucía necesitaba unos papeles para completar su inscripción en la universidad. Estaban en la fila para entrar y un uniformado salió a avisar que el detector de metales de la entrada no funcionaba, y que iban a tener que cachear a todo el personal antes de entrar. Lucía volteó los ojos preparándose para el manoseo inminente. Alma estaba delante de ella en la fila y debe haber temido algo parecido, porque se encogió de hombros y dejó escapar un suspiro fuerte. Contra los pronósticos de ambas, los guardias no se pro-

pasaron, pero a cada una le tocó un albur. Una vez adentro del consulado, Alma comentó:

–Para que no extrañemos.

Lucía llevaba apenas dos semanas en Nueva York y todavía no se le había ocurrido que era posible extrañar. Estaba viviendo en una residencia para estudiantes internacionales, regentada por unas monjitas mustias que cerraban la puerta después de las diez de la noche y no toleraban el ruido, y todavía no había logrado sacarle más de cuatro sílabas en inglés a la chica turca que dormía en la cama de al lado. La animó conocer a una mexicana de su edad. La vida en la Gran Manzana la emocionaba pero la idea de tener que convivir solo con gringos en el doctorado que estaba por empezar la ponía nerviosa. Alma, en cambio, estaba completamente aclimatada. Hablaba inglés casi sin acento y ya entonces era experta en comprar cosas para luego devolverlas. Desde que vive con ella, Lucía ha aprendido que si en cualquier ventanilla de servicio al cliente una pronuncia con cuidado la palabra *frustrating*, el mundo y los cupones de descuento pueden ser suyos. Coincidió que, cuando se conocieron, Alma estaba a punto de quedarse sin compañera de departamento. No llevaban ni veinte minutos platicando cuando le ofreció a Lucía que se fuera a vivir con ella.

–El casero es un hijo de la chingada y el edificio no está muy cuidado que digamos, pero el Village te queda a tiro de piedra de tu universidad. Te puedes ir caminando.

Lucía ni siquiera lo pensó. Dejó a las monjitas y se dispuso a gastarse más de la mitad de su beca doctoral en vivir como una verdadera niuyorquer. Ahora, casi un año después, no se arrepiente, solo piensa que le gustaría ser el tipo de niuyorquer cuyo casero no dispone de las plagas citadinas a punta de aperitivos.

Alma camina hacia el baño enfundada en sus botas altas de lluvia y, cuando pasa junto a Lucía, le aprieta fuerte el hombro. Sabe que Lucía no duerme, y también sabe

por qué no duerme. Pero no sabe qué más decir, y por eso mejor le aprieta el hombro y se mete al baño pisando fuerte con las botas y haciendo el escándalo que Lucía se había aguantado hace un momento. Por si las dudas.

Lucía regresa a su cuarto y ahí siguen las olas, salen claritas de ese teléfono cuya pantalla también le anuncia, insolente, que por mucho ruido de mar que se ponga de fondo, ya son las tres de la mañana y ella sigue ahí con el ojo pelón, buscándole un sentido a las humedades del techo. Se acuesta y trata de concentrarse. Olas diáfanas de agua estancada, de viento leve. La calefacción está apagada otra vez y se tapa con el edredón hasta el cuello: se esfuerza por ignorar la nevada de afuera, los ocho bajo cero que anuncia el termómetro, *channelling* –así dicen los gringos– su bahía interior. Om. Piensa en Mazunte, en Copala, en Chacahua. En todos esos diciembres en Ixtapa. Piensa en Acapulco, en la playa del Revolcadero, que no sabe si se llama así en realidad, o si así le dicen porque nadie sabe o quiere o puede nombrarla de otra forma (y porque, cómo no, revuelca al más pintado). Se acuerda de esa canción tan famosa de Agustín Lara. Le gusta imaginar que su vida es una película y ponerle banda sonora: una sucesión de escenas ambientadas con música ranchera, algún bolero, de vez en cuando un toque pop de Paulina Rubio o Luis Miguel. *Acuérdate de Acapulco, María bonita, María del alma. Júrame que no mientes, porque te sientes idolatrada.* Pinche Agustín, no podía dejar tranquila a María, no podía permitir que ella enjuagara las estrellas a sus anchas en el mar, tan contenta y en paz, a la orilla de la playa. No podía tampoco dejarle intacto el recuerdo de Acapulco: a huevo tenía que llegar a importunarla con sus ruegos, cercarla en lo oscurito aprovechando que María andaba sola y desprevenida bajo la luna acapulqueña, y embarrarlo todo para siempre con su chingado bolero.

De pronto, el timbre. Varias veces, insistente y desbochado. Lucía se incorpora al primer toque, el corazón le da

una vuelta de campana familiar. Pero no, no puede ser, es solo el eco de su otra vida, de su vida de antes, lo que la alborota. Mira la pantalla del celular: son las tres. Se encuentra con Alma en la sala-cocina-comedor. Sabe que su compañera está tan espantada como ella porque se olvidó de ponerse las botas de lluvia y ahí están sus dedos desnudos sobre el parqué, junto a los de Lucía, a merced de los paseos nocturnos del ratón. Lucía pregunta si cree que puede ser alguno de los galanes de Alma, sugiere que tal vez al gringo con el que acaba de empezar a salir se le antojó venir a visitar. Alma niega con la cabeza: el gringo no haría algo así. Él debe estar en su casa roncando tranquilamente desde las diez de la noche, porque mañana tendrá sin duda un *nain ei-em mitin*, o un *breinstor-min mitin*, o un *rigrup mitin*, o cualquier otro tipo de *mitin*, y además no lo imagina teniendo un gesto tan dramático y, sobre todo, un gesto tan profundamente latino, como presentarse de madrugada a reventarles el timbre. Como para qué.

Profundamente latino, dice Alma, y tiene razón, como siempre. Colombiano, para más señas. Lucía pregunta por fin quién es y la voz llorosa de Juliana balbucea al otro lado:

—Lu, es Juliana. Perdóname, es Juliana.

Lucía aprieta el botón del citófono para dejarla entrar y se desinfla un poquito. Se desinfla porque lleva días, y sobre todo noches, esperando que pase algo que le dé un corrientazo, una descarga más fuerte que la primera, un zarandeo que la saque de ese estado casi catatónico en el que la sumió *la llamada* y pensó, no sabe por qué pensó, que el timbre sonando en su casa de ahora, en ese espacio minúsculo y enratonado que no tiene nada que ver con la casa donde creció, pero donde también sonaba el timbre a destiempo, podía ser ese algo (lo que sea que ese algo sea). Pero se desinfla también porque Juliana está subiendo los escalones puercos de su edificio un mar-

tes de febrero a las tres de la mañana, sin duda llenando los mosaicos de nieve y aniquilando con cada pisada gélida a varios de los ciempiés o ciempieses patinadores de mugre, y eso quiere decir, entre otras cosas, que pasó algo jodido y, con bastante seguridad, que en esa casa hoy no va a dormir ni Frank en su guarida de atrás de la estufa.

En cuanto escucha quién es, Alma le da las buenas noches, le recuerda que tiene que dormir *algo*, y se mete a su cuarto. No está especialmente enojada, pero se va porque al fin y al cabo Juliana es amiga de Lucía y Alma no tiene ni vela en el entierro, ni ganas de drama. Lucía la escucha atorar una sábana vieja en el hueco de abajo de la puerta: es su estrategia infalible para mantener fuera a los ratones. Nunca ha querido imitarla por miedo a encerrar a los bichos adentro, con ella, en vez de bloquearles el paso, pero no ha tenido corazón para decirle a Alma que ese es uno de los riesgos posibles que encierra la sábana atorada entre la puerta y el suelo. Lo que sea que las haga sentir seguras. Lo que sea que las haga dormir de corrido. Sábanas, pastillas *over the counter*, un par de buchets de TheraFlu, *apps* para el teléfono con ruido de mar. Cualquier cosa que les impida subir las escaleras de una amiga reciente, ateridas de frío, una madrugada de invierno.

Lucía abre la puerta, quitando con cuidado la cadena que ponen para prevenir visitas nocturnas de Pokorny, y Juliana se le echa encima. Huele a ginebra, pero Lucía la conoce ya lo suficiente para saber que no está borracha, debe llevar solo una copa o dos encima. Tiene la cara helada y los ojos hinchados y, mientras se abrazan, Lucía siente su pecho brincar abajo del abrigo de plumas, más acelerado todavía que sus timbrazos. Piensa putamadre. Piensa ¿ahora qué hizo ese pinche cabrón? Pero no quiere atacarlo todavía. De los pocos amigos a quienes Juliana ha confiado su *affaire* (así lo llama ella), Lucía no quiere ser quien lance la primera piedra contra el pendejo del Profesor. La abraza un rato más, bien fuerte, y cuando Juliana

por fin empieza a respirar más lento, cuando cede el hipo y se separan, Lucía le acaricia el pelo y le sonrío.

—¿Preparo un tecito y me cuentas?

Juliana la mira con los ojos rojos y asiente, no dice nada más. Tampoco vuelve a pedir perdón por la hora, parece que supiera que Lucía estaba despierta. Mientras hierve el agua, Juliana se quita las botas de nieve y cuelga el abrigo en el gancho de pared que hay en el pasillo-recibidor-entrada. Solo entonces parece acordarse de que Lucía no vive sola y la mira avergonzada.

—¿Tu *rumi* no está?

Lucía inclina la cabeza hacia el cuarto con la sábana atorada bajo la puerta y se lleva un dedo a los labios, le avisa que deben hablar quedito. Juliana asiente y camina descalza hasta el *loveseat*, sorbiéndose los mocos. Sigue bastante alterada, así que por prudencia Lucía no menciona a Frank (aunque las trampas en el suelo lo delatan, pero Juliana no las nota); y se sienta, cruzando sus piernas largas, tapadas con medias térmicas, sobre el minúsculo sofá. Mejor así, con las piernas en alto, lejos del peligro. Se quedan en silencio hasta que silba la tetera. Lucía saca dos tazas de la alacena —antes de meter la mano se fija que no haya ningún ser vivo adentro—, avienta una bolsa de té de manzanilla en cada una y sirve el agua hirviendo. Luego jala una de las sillas plegables que están arrumbadas junto al refri y se sienta frente a Juliana, coloca las tazas en la mesita enana que su compañera de departamento y ella consiguieron, después de mucho buscar algo que cupiera en aquel cuadrado, en la sección infantil de Ikea. Y entonces Juliana empieza a contarle, a llorar de nuevo y a relatar entre hipos y mocos una historia que a Lucía le resulta progresivamente más familiar, solo que dibujada con un poquito más de color, aderezada con un poquito más de detalle que otras veces. Con el huequito que empieza a formarse en el centro del estómago, Lucía se da cuen-

ta de que, cuando se trata del Profesor, siempre hay espacio para un poquito más. Escucha y se muerde la lengua.

Juliana es costeña y el caribe se le escapa por los poros hasta cuando algo va mal, como ahora. Es alta y muy flaca, cuando caminan juntas por la calle Lucía se siente su hermana menor y más rechoncha, y tiene que avanzar deprisa para alinear sus piernitas a los pasos de garza de Juliana. Normalmente su amiga habla con una cadencia cantarina que pone de buenas al que la escuche, aunque también tiene un carácter combativo que asusta un poco y que la tiene enemistada con la mitad del departamento de Modern Languages. Pero esta noche el cantadito de su voz se interrumpe cada tanto con suspiros largos y ahogados, y la vehemencia que la caracteriza no está por ninguna parte. Lucía la analiza mientras habla, mientras le cuenta. Tan chiquita de pronto, aunque apenas quepa en el sofá. Juliana explica que el Profesor la dejó afuera.

—¿Cómo que afuera?

—Afuera, *afuera*. Me quitó el bolso, con las llaves y el celular, y se montó en un taxi.

Volvían del tiki bar que está en Alphabet City. Juliana estaba cansada y tenía frío, pero el Profesor andaba enfiestado y quería pasar al deli de la esquina a comprar una botella de tequila. Juliana le recordó que a esas horas no iban a venderle tequila, ni cerveza, ni alcohol del 96 en ningún lado, y le ofreció el guaro que Andrés Felipe guarda con tanto celo en la despensa, pero el Profesor se enojó porque por lo visto el tono de Juliana le pareció condescendiente y le dijo algo que ella, no demasiado versada todavía en mexicanismos, no sabe reproducir del todo, pero que debió ser algo así como que él no tenía por qué estarse robando el aguardiente de mierda de ningún colombiano caguengue. De ahí pasó, según explica Juliana, a acusarla de estarse cogiendo, o queriéndose coger, al colombiano caguengue en cuestión.